

“Cuentos del Trópico”, de Manuel Urruela

BASTA el título para revelar el alma de este volumen, concebido en la atmósfera ilusionada y doliente del trópico, bajo el ritmo de fatiga y de ensueño de la América Central. En cada página domina la angustia y el resplandor de esa tierra privilegiada que, acaso por ser cuna de poesía, parece arder en su propio fuego, como los dragones sagrados de las leyendas.

Poco importa que en la segunda parte del libro se aleje insensiblemente el autor hasta tratar temas internacionales, de acuerdo con la sana tendencia viajera que domina entre la nueva juventud. Aun hablándonos de las estepas de Rusia o del barrio chino de Nueva York, la prosa tiene siempre tonalidades criollas y colores de quetzal que imponen al mismo exotismo una ubicación en nuestro mapa.

Manuel Urruela ha peregrinado abundantemente por Europa y por América, tiene una mentalidad universal, reside desde hace largos años en los Estados Unidos; pero, ante todo y por encima de todo, es un hijo fiel de Guatemala, que siente, llora y maldice con los suyos. La América Central de Morazán, tan duramente barrida por aluviones hostiles, revive hoy en las nuevas generaciones; y Urruela es, en la gran república del Norte, desde 1920, el esforzado campeón del Comité Unionista Centro Americano. Conjuntamente con su secunda labor de escritor, lleva adelante el empuje patriótico, pronunciando conferencias, presidiendo reuniones y defendiendo, en las mismas fauces del imperialismo, la integridad y el porvenir del conjunto al cual pertenece.

Así se afirma y se concreta en uno de los más nobles espíritus de la generación, la tendencia a hacer que el hombre de letras, lejos de recluirse en ilusorias jerarquías, sea también parte de lo que le circunda y se identifique con la suerte del suelo natal.

Los que hemos vivido las épocas en que bajo el rubro de «modernismo» se rendía culto a todas las indiferencias anárquicas, y en que en nombre del «arte por el arte» se cultivaba una literatura de cenáculo, ajena a las corrientes ideológicas que agitan a la colectividad, medimos la magnitud de la metamorfosis. No fué vano el sacrificio que nos llevó a algunos a combatir las direcciones enfermizas que en determinado momento hicieron ley. Cuando publiqué en 1908 *Las Nuevas Tendencias Literarias* sosteniendo la urgencia de crear en América un arte nacional y social (nacional en cuanto traduciría las peculiaridades nativas, social por dirigirse al pueblo y ser expresión de la inquietud colectiva) se me trató de iluso, de mediocre y de plebeyo. Los altos espíritus eran entonces los que cantaban el reflejo de sus lecturas, los que hablaban de aristocracias que nunca conocieron, los que lo sacrificaban todo a la pose, al artificialismo y a la insinceridad. Algunos quedan aún, anacrónicos, olvidados en sus islotes, como náufragos de una concepción que se hundió. Pero los nuevos, en general, sienten las necesidades del siglo en que viven y de la tierra en que nacieron, y son, a la vez, creadores de belleza y campeones de la justicia, porque después de todo, la justicia no es más que belleza en acción. Son estas juventudes fuertes, bien enraizadas en la tierra como los manglares de que nos habla el autor, las que crearán la patria libre de mañana y el arte autóctono que será su expresión.

Los cuentos de Manuel Urruela, desprovistos de la enojosa verbosidad que suele pasar entre nosotros por elocuencia, son, por su estilo, claros, rudos y eficaces, como las escenas que relatan. Sin hojarasca efectista, sin reminiscencias de Kipling, sin concesiones a lo que impera, el autor se encara directamente con el drama nativo y arranca victoriosamente, de la

misma selva, con sus propias manos diríamos, escenas que, como *En el estero* o *La última canción*, tienen una formidable intensidad dramática. No nos deja su literatura ese sabor de cosa ya leída que encontramos a menudo en la producción latinoamericana. La visión personal y la emoción directa dan extraordinaria frescura a los relatos, algunos de los cuales nos permiten conocer la atmósfera de Nicaragua en esta hora difícil en que un patriota con un puñado de valientes renueva el grito de Bolívar: «aunque se oponga la naturaleza».

¡La América Central! ¡Cuántas injusticias, cuántas candidices, se han dicho sobre ella! ¡Cuán pocos han comprendido lo que esa zona atesora de reservas vitales, de energías sin empleo, de selváticos sentimentalismos! Sólo los que hemos recorrido esas repúblicas desde Guatemala hasta Panamá podemos apreciar los fabulosos vellocinos materiales, morales, intelectuales que ellas ofrendan a los Jasones constructores de la neo-latinidad. No hay que juzgarlas por la fisonomía que les dieron algunos de sus gobernantes, ni por las menguadas oligarquías que se perpetúan en el poder. La América Central de Darío y de Sandino es acaso la región donde aún perduran los lirismos supremos a que dió margen la conjunción del orgullo hispano y la sensibilidad indígena, en los tiempos remotos en que las superioridades eran morales y no se medía la civilización por la altura de las casas. En las refundiciones a que dará lugar mañana el acercamiento de nuestras repúblicas, cada región traerá sus excelencias. Unas su laboriosidad, otras su equilibrio, éstas su fiereza, aquéllas su iniciativa. Así se creará la entidad nueva, con la síntesis de los componentes. Pero a ese cuerpo le faltaría su penacho ideal si no estuviera animado a ratos por el soplo soñador del viejo trópico, creador de lo superfluo, que en ciertas horas de la vida suele ser lo esencial.

MANUEL UGARTE.